

## Comentario al evangelio del miércoles, 16 de marzo de 2016

Queridos hermanos:

Anteayer meditábamos el relato popularmente conocido como “Susana y los viejos”; hoy se nos ofrece otro episodio del repetitivo libro de Daniel, con un mensaje idéntico. La fidelidad a su Dios llevó a los tres jóvenes a sufrir persecución y verse al borde de la muerte; pero Dios no se olvidó de sus fieles. Es otra ráfaga de luz sobre la pasión de Jesús que nos aprestamos a conmemorar: Él, en definitiva, no camina hacia la muerte, sino hacia la vida, y vida en plenitud; e indica a sus seguidores la orientación certera hacia el éxito: la fidelidad a su fe. Un salmista lo había escrito siglos antes: “aunque el justo sufra muchos males, de todos le libra el Señor” (Salmo 34,20).

El relato evangélico asignado a este día requiere varias claves de lectura. Ante todo, tenemos la impresión de que el autor yuxtapuso elementos heterogéneos y no llegó a dar al conjunto la última mano: no es posible que a los judíos que han creído en Jesús él les diga que quieren matarle. Por lo demás, estas discusiones de Jesús con sus contemporáneos están formuladas a la luz de polémicas en la Iglesia naciente: una comunidad cristiana de finales del siglo primero se disputa con la comunidad judía de que procede los privilegios religiosos. Los cristianos, por su vinculación a Jesús, el verdadero descendiente de Abrahán (cf. Gal 3,16) y el auténtico Hijo de Dios, se entienden a sí mismos como partícipes de esa situación privilegiada, mientras que la comunidad judía, por su rechazo de Jesús, la habría perdido y se habría convertido más bien en hija del diablo.

Nos desviaríamos del mensaje si proyectásemos sobre la época de Jesús, o de los apóstoles, la problemática ecuménica de nuestro tiempo. No olvidemos que el evangelio se escribió para nosotros, los cristianos, no para nuestros eventuales contrincantes. Dejémonos interpelar por la llamada de Jesús a vivir en la *verdad*, en la *libertad*, y en el disfrute de la *ascendencia abrahámica* y de la *filiación divina*. Jesús se definió a sí mismo como la *verdad*, y junto a él todos los oprimidos experimentaron *libertad*. Creer en él lleva a mirar la realidad con sus ojos, mientras que una vida en la incoherencia, en el pecado, aleja de él y priva de libertad y de limpieza en la mirada. Intentemos “dar cabida a sus palabras” y no a insinuaciones engañosas y destructoras.

Vuestro hermano  
Severiano Blanco cmf

---

Severiano Blanco, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org](http://www.ciudadredonda.org)